

pretación que hace de una exhaustiva hemerografía, que utiliza para examinar desde las propuestas legislativas hasta las opiniones de los actores políticos, el libro aporta muchas pistas para interpretar el periodo y a sus protagonistas desde varias ópticas, que permiten comprender los intereses económicos y políticos que empujaron a los cambios en el sistema de gobierno. Explica a los protagonistas dentro del campo de la prosopografía al caracterizarlos colectivamente como un grupo casi compacto, con intereses afines emanados a partir del gobierno de Agustín de Iturbide. Asimismo, estudia aspectos tales como los cambios en el ejército, en la Iglesia, con los empresarios e inclusive en los valores culturales que se dieron. Examina con cuidado la mecánica electoral y las consecuencias de implantar un sistema de voto sustentado en la capacidad económica de los participantes.

Costeloe desmenuza pausadamente cómo la posición social, la riqueza y las actividades económicas determinaron el comportamiento de esos actores políticos. Cómo las relaciones con el poder permitieron avanzar o estancarse en los negocios y cómo la Iglesia fue lentamente perdiendo sus privilegios, a pesar de que los conservadores alcanzaron el poder. Su perspectiva abarca tanto los sucesos de la capital como los regionales, ello para explicar asonadas y levantamientos que detuvieron el posible avance, sobre todo de la economía y de la democracia mexicana.

Este libro es muy recomendable porque presenta de manera sencilla el desarrollo del centralismo y los problemas que acarreó el cambio de siste-

ma. La única salvedad que le encuentro es que desde que fue escrito han aparecido una gran cantidad de investigaciones sobre el periodo que arrojan más luz acerca de los asuntos que el autor apenas esboza, no obstante, como dice Eric van Young:<sup>3</sup> ¿qué hace a un libro ser bueno?, que plantee preguntas interesantes sobre asuntos interesantes; que mezcle preocupaciones tradicionales de los historiadores con aparatos conceptuales y consideraciones teóricas y que presente niveles de comparación implícitos o explícitos. Todos estos elementos los podemos encontrar en esta investigación, y ello la hace muy valiosa.

Ana Lau Jaiven  
INSTITUTO MORA

Plotino C. Rhodakanaty, *Obras*, edición, prólogo y notas de Carlos Illades, recopilación de María Esther Reyes Duarte, Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1998, 271 pp. (Ida y Regreso al Siglo XIX), ISBN 968-36-63-43-5.

Por primera vez contamos con las *Obras* de Plotino C. Rhodakanaty, a cargo de una cuidada edición de Carlos Illades, y recogidas con la colaboración

<sup>3</sup> Eric van Young, "Recent Anglophone Scholarship on Mexico and Central America in the Age of Revolution (1750-1850)", *Hispanic American Historical Review*, 65 (4), 1985, pp. 725-743.

de María Esther Reyes Duarte. Éstas no son, ni pretenden ser, las obras “completas”, sino una compilación de los artículos que este pensador publicó en la prensa mexicana entre 1874 y 1885, y que Illades y Reyes Duarte reúnen por primera vez en libro.

Para quienes estudian los inicios del socialismo en México en el siglo XIX, este volumen es una aportación fundamental para conocer de primera mano el pensamiento de Rhodakanaty. Todos sabemos que a este griego mexicanizado posiblemente se le deba la introducción más sistemática de las ideas socialistas europeas en este país, a partir de 1861, cuando inmigró a México a los 33 años. A pesar de su juventud, Plotino Rhodakanaty ya traía consigo un amplio bagaje de experiencias y de conocimientos que quedaron plasmados en su obra. Nació en Atenas en 1828, y poco después perdió a su padre en la guerra de liberación contra los turcos —lucha que convocó a muchos de los románticos progresistas de Europa que, como lord Byron, hicieron suya la causa de la independencia griega. Después se trasladó a Viena con su madre, y allí inició sus estudios de medicina y adquirió un profundo interés por el estudio de los problemas científicos y filosóficos de su época, que completó a partir de 1848, cuando se trasladó con su familia a Berlín, donde continuó estudiando y donde residió hasta 1857. Posiblemente en Berlín y en Viena conoció más de cerca la filosofía y la metafísica poskantianas, así como las nuevas teorías naturalistas y evolucionistas, ya muy en boga desde los descubrimientos de Lamarck (que luego tendrían una in-

fluencia decisiva en Darwin). Por otro lado, también desarrolló una experiencia política, pues en 1849 visitó Budapest y participó en el levantamiento republicano de Luis Kossuth contra el régimen imperial de Francisco José I. En 1850 visitó brevemente París donde, según Carlos Illades, conoció personalmente a Pierre-Joseph Proudhon, el socialista francés, padre del sistema mutualista; durante esa visita a Francia, Rhodakanaty sin duda vivió la agonía de la Segunda República a manos de Luis Napoleón Bonaparte, después del frustrado intento revolucionario y democratizador de la revolución de 1848. Al finalizar la década de 1850, el contacto de Rhodakanaty con las diversas corrientes del pensamiento socialista francés lo incitó a trasladarse a París y adentrarse más en las principales corrientes de ese movimiento: el armonismo societario de Fourier, el socialismo industrialista de Saint-Simon, el comunismo de Cabet (y seguramente también el cooperativismo de Owen) y el mutualismo federalista de Proudhon. Al comenzar la década de 1860 se trasladó a Barcelona, que era la ciudad fabril y socialista por excelencia en la España de la época. Allí residió unos cuantos meses, pero poco después, en 1861, decidió trasladarse a México.

Tal vez, como lo señala Illades, durante su residencia en París se enterara del decreto promulgado por el presidente Ignacio Comonfort, que favorecía el establecimiento de colonias agrícolas en territorio mexicano. Es posible que esta facilidad colonizadora lo incitara a trasladarse de Barcelona a México con la idea de crear una colo-

nia agrícola basada en las ideas de los socialistas franceses, particularmente de Fourier, cuya obra, como veremos, tuvo una influencia decisiva en el joven Rhodakanaty.<sup>1</sup>

Aunque el proyecto de crear una comunidad agrícola no se materializó, sin embargo sí pudo acceder pronto al medio intelectual mexicano. Poco después de su llegada a este país, Rhodakanaty publicó *La Cartilla Socialista o sea el catecismo elemental de la escuela de Carlos Fourier* a comienzos de la década de 1860, la cual se reproduce íntegra en este volumen.<sup>2</sup> Esta *Cartilla, o catecismo socialista*, es un texto fundamental que sirvió como instrumento para dar a conocer en México de modo más o menos sistemático las complejas y exuberantes ideas del teórico francés; en un texto que estaba construido a la manera socrática, explica Illades, pero también a la de los catecismos religiosos, con base en un sencillo intercam-

bio de sucesivas preguntas y respuestas. En este texto, Rhodakanaty expone los principios asociativos de Fourier y los diferentes estadios de desarrollo que, de alcanzarse, llevarían a las sociedades al más alto nivel de organización dentro del socialismo y de la armonía societaria a través de la unión de la inteligencia, del trabajo y del capital (secc. v, núm. 17, pp. 103-108).

Según Fourier, el nuevo orden social sería justo e igualitario socialmente, pues se basaría en la armonía de las diferencias, es decir, respetando la diversidad y no buscando la uniformidad. Esta pluralidad garantizaría mayor vitalidad a la sociedad y una evolución más rica del socialismo, que se consolidaría en organizaciones asociativas conocidas como falansterios. Para el pensador francés, el socialismo era un sistema plenamente racional y regulado que se alcanzaría con leyes tan precisas como las de las ciencias naturales y mecánicas. Es evidente que esta pasión por el racionalismo científico y por las teorías evolucionistas encontraron en Rhodakanaty al discípulo ideal del fantástico (y a menudo fantasioso) pensador francés. Sin duda Rhodakanaty era el receptor perfecto de la exuberancia científicista y filosófica de Fourier, pues él mismo combinaba en sus intereses muchas de las pasiones de su maestro: él era el médico y el científico naturalista fascinado por el evolucionismo; el filósofo racionalista, pero también metafísico y hasta teólogo; el luchador social, enemigo de la violencia revolucionaria, pero convencido de la necesidad de lograr la igualdad para alcanzar la armonía social, y el ávido y desordenado lector de todo cuanto se

<sup>1</sup> Ya se habían producido intentos de fundar en México colonias agrícolas modeladas en la idea falansteriana socialista de Fourier por parte de alguno de sus discípulos franceses, como fue la que entre 1833 y 1835 fundó el francés Stephan Guénot, con más de 200 colonos, en Jicaltepec (Misantla, Veracruz).

<sup>2</sup> Hay que añadir que en 1864 publicó sus "Consideraciones sobre el hombre y la naturaleza", tituladas *Neopanteísmo*, en las cuales polemiza con la escuela filosófica del alemán Krause, cuya influencia en España fue muy importante, pero a la cual Rhodakanaty acusa de defender un "panteísmo cismático" llamado "parenteísmo". Así, establece la diferencia entre el panteísmo, que identifica toda realidad con Dios, y el parenteísmo krausista, en el cual Dios es inmanente al mundo, pero no se confunde con él ni con sus partes.

publicara y se discutiera en Europa, especialmente en el campo de la psicología y la frenología; es decir, en el estudio de las pasiones humanas, que tanto fascinaban al propio Fourier.

Además del societarismo fourierista, en el pensamiento de Rhodakanaty existe otro hilo conductor importante. Se trata, nos explica C. Illades, de la desconfianza y del rechazo de los gobiernos y de la política, y la invocación de un sistema federalista antiautoritario. En esta postura se puede apreciar la influencia directa de otro de sus maestros teóricos: Pierre-Joseph Proudhon, quien defendía el asociacionismo obrero a través de sociedades de ayuda mutua y predicaba la creación de las cooperativas de producción y de consumo que erradicaran el intercambio monetario y fomentaran el trabajo y el producto como únicos valores de cambio. Proudhon exigía también una radical transformación del Estado y la creación de un sistema confederado de unidades sociales productivas independientes y soberanas; éstas eran las llamadas comunas, o municipios libres (p. 63), que se asociarían entre sí por medio de pactos de cooperación y apoyo mutuo “recíprocos e iguales”. Este sistema mutualista y federativo estaría basado en “la libre asociación de comunas libres” y democráticas (*Du principe fédérative*, Rodhakanaty, p. 63). El principio federativo de Proudhon reivindicaba, además, el concepto de “anarquía”, entendido éste como la ausencia de un orden centralizador y hegemónico impuesto por el poder de los Estados y de los gobiernos sobre las comunidades independientes, así como el desarrollo de un orden de equili-

brios y compensaciones semejante, según Proudhon, al que emanaba de la naturaleza y de sus leyes. Una vez más notamos la pasión científicista presente en el pensamiento socialista temprano y su recepción entre quienes también creían que la sociedad estaba regulada por leyes generales.

En los escritos de Rhodakanaty que corresponden a la década de 1870 aparece también otro aspecto de su pensamiento social: la emancipación de las mujeres como parte de la emancipación general de la sociedad. En este sentido habría que anotar también la influencia de Fourier, quien en todos sus proyectos societarios otorgaba un lugar igual a hombres y mujeres (en contraste con una evidente misoginia en Proudhon). En 1876 Rhodakanaty participó en el Primer Congreso Obrero, y tuvo una importante intervención al defender el derecho de las mujeres trabajadoras de ocupar puestos directivos dentro de esa asociación obrera. Si bien su propuesta fue derrotada por sus otros colegas “socialistas”, el derecho de igualdad de las mujeres con los hombres formaba parte integral de su ideología.

En otro contexto, Rhodakanaty defendió, además, el derecho de la mujer al divorcio, y se manifestó en contra del matrimonio como una unión obligatoria y perpetua, como un contrato indisoluble en el cual las mujeres resultaban especialmente víctimas (p. 13, sección V, pp. 115-126). En este volumen son muy significativos los textos que tratan sobre este tema, en los que se evidencia una elocuente admiración por la inteligencia femenina y una defensa de la independencia de la mujer.

Sin embargo, aunque Rhodakanaty demostraba una postura de avanzada en este tema, hay que señalar que no dejaba de ser un hombre de su tiempo y tener una visión tradicional sobre los atributos femeninos, que, según él, dada su inherente debilidad, podían ser corrompidos por el mundo.

Otra importante influencia que emerge en estos artículos es la que ejerció en él el movimiento federalista de la Comuna de París en 1871. Para Rhodakanaty, ese gran parteaguas histórico del siglo XIX abriría el paso directo hacia la desaparición de todo gobierno y el inicio de la igualdad social en la comuna o municipio libre.

Aquí vale detenernos un instante para reflexionar sobre este personaje, cuyo pensamiento aparentemente se revela tan moderno y cosmopolita. Sin embargo, hay que señalar que a pesar de la revolución que significó la Comuna de París tanto en las ideas como en la práctica socialistas de las clases trabajadoras, Rhodakanaty mantuvo un profundo apego por las doctrinas aprendidas en su juventud, a pesar de que estas primeras teorías quedaban definitivamente relegadas como parte del corpus ideológico de los socialismos tempranos, que resultaban ya anacrónicos. En efecto, desde finales de los años de 1860, y más abiertamente desde la década de 1870, surgían en Europa nuevas doctrinas socialistas, revolucionarias e internacionalistas. Sin embargo, es curioso que prácticamente no encontremos en Rhodakanaty huellas explícitas de los socialismos más recientes, como el de Carlos Marx o el de Miguel Bakunin, quienes después de la fundación de la Asociación

Internacional de los Trabajadores, se habían revelado como las figuras más importantes de los movimientos revolucionarios europeos y los exponentes más importantes de los socialismos contemporáneos. Es difícil encontrar en estos artículos de Rhodakanaty una influencia de o una relación con la Internacional, que, a pesar de la escisión entre marxistas y bakuninistas en 1872, se había convertido en el gran paradigma de la organización obrera. La única referencia al tema aparece en un artículo de 1877, pero como un disparate tipográfico e histórico, ya que menciona a la Internacional como una "respetable liga de obreros de todo el mundo" (p. 61), fundada por Kart Márniz [*sic*] en Londres, en 1852 [*sic*]. Es decir, no sólo se equivoca por doce años, ya que la AIT se fundó en 1864, sino que uno no sabe bien si lo de Kart Márniz por Karl Marx fue de su cosecha o de la de un tipógrafo. Pero lo más extraño es que se sienta obligado a referirse a la respetabilidad de la Internacional, en una época en que a los propios internacionalistas no les preocupaba en absoluto semejante tema.

A pesar de estas contradicciones y paradojas, o más bien como parte de ellas, también hay en Rhodakanaty una preocupación por la unión de los pueblos más allá de las fronteras nacionales. Eso le permite en 1876 hacer un llamado a una mayor integración de todos los hombres en una gran nación universal:

Cosmopolitas de corazón, somos ciudadanos de todos los países, nuestra patria es el mundo entero y todos los hombres son nuestros hermanos; la tierra toda es

el patrimonio común de los mortales, y el género humano será feliz cuando no existan ya ni fronteras ni murallas (p. 53, "Reinstalación de La Social" en *El Hijo del Trabajo*, 9-v-1876).

Y un poco más adelante agregaba que lo fundamental era "Anteponer la idea humanidad a la idea de patria, la cual [...] es demasiado mezquina y limitada ante las nobles y sublimes aspiraciones del socialismo" (pp. 53-54).

Esta última cita tal vez nos dé la pauta del sentido humanista del socialismo de Rhodakanaty, que promueve la transformación de la sociedad por medio de la revolución social, propone la transformación económica y social por medio de la armonía. Incluso la transformación de la propiedad agraria, para él tan injusta y feudal, se debía realizar por medios legales, es decir, a través de la promulgación de una "Ley Agraria" que subdividiera la tierra. No se trataba de "despojar al que posee —dice—, sino por el contrario, crear una propiedad al que nada tiene" (p. 53).

Dentro de esta visión de un socialismo humanista es posible también hablar de un socialismo cristiano en el pensamiento de Rhodakanaty. Así, su crítica a la Iglesia católica, romana, y su simpatía por la Iglesia ortodoxa griega o por las iglesias protestantes y la Iglesia de Jesucristo (los mormones), se basa en una vuelta al primer cristianismo como un ejemplo de la oposición al despotismo, a la injusticia, a la desigualdad social, y rescata la figura de Cristo como la de un "primer socialista" defensor de los pobres (p. 15).

No sabemos nada de los últimos años de Rhodakanaty. Carlos Illades indica que en 1886 se embarcó para Europa, cuando se le pierde el rastro, y señala que con su partida finaliza la primera época del socialismo mexicano (p. 17). Si bien esto es muy cierto, quisiera agregar, para concluir, dos cosas que me han sorprendido de estos textos. Por un lado, destaca el sólido conocimiento de Rhodakanaty de las primeras ideas socialistas que, gracias a él y a su infatigable actividad periodística y organizativa, se introdujeron en México con bastante éxito. Pero por el otro, no deja de desconcertar la larga pervivencia de teorías ya envejecidas, que en otros países de Europa e, incluso, de Hispanoamérica, habían sido ampliamente reemplazadas por otras más recientes, como el marxismo y el anarquismo, pero que en México entraron despacio y en ámbitos reducidos.

No cabe duda de que este libro, al suscitar estas y otro sinnúmero de preguntas y mostrar la amplia gama de temas y problemas que introdujo Rhodakanaty en México, será un estímulo indudable para retomar el estudio de los socialismos en el siglo XIX mexicano. Gracias a esta compilación tenemos una valiosa documentación que nos permitirá avanzar en este sentido. Y esto se lo debemos, ante todo, al entusiasmo y a la erudición de Carlos Illades, y a la excelente compilación de María Esther Reyes Duarte. Mencionemos, también, la hermosa presentación de este libro en la cuidada colección que dirige Vicente Quirarte.

Clara E. Lida  
EL COLEGIO DE MÉXICO